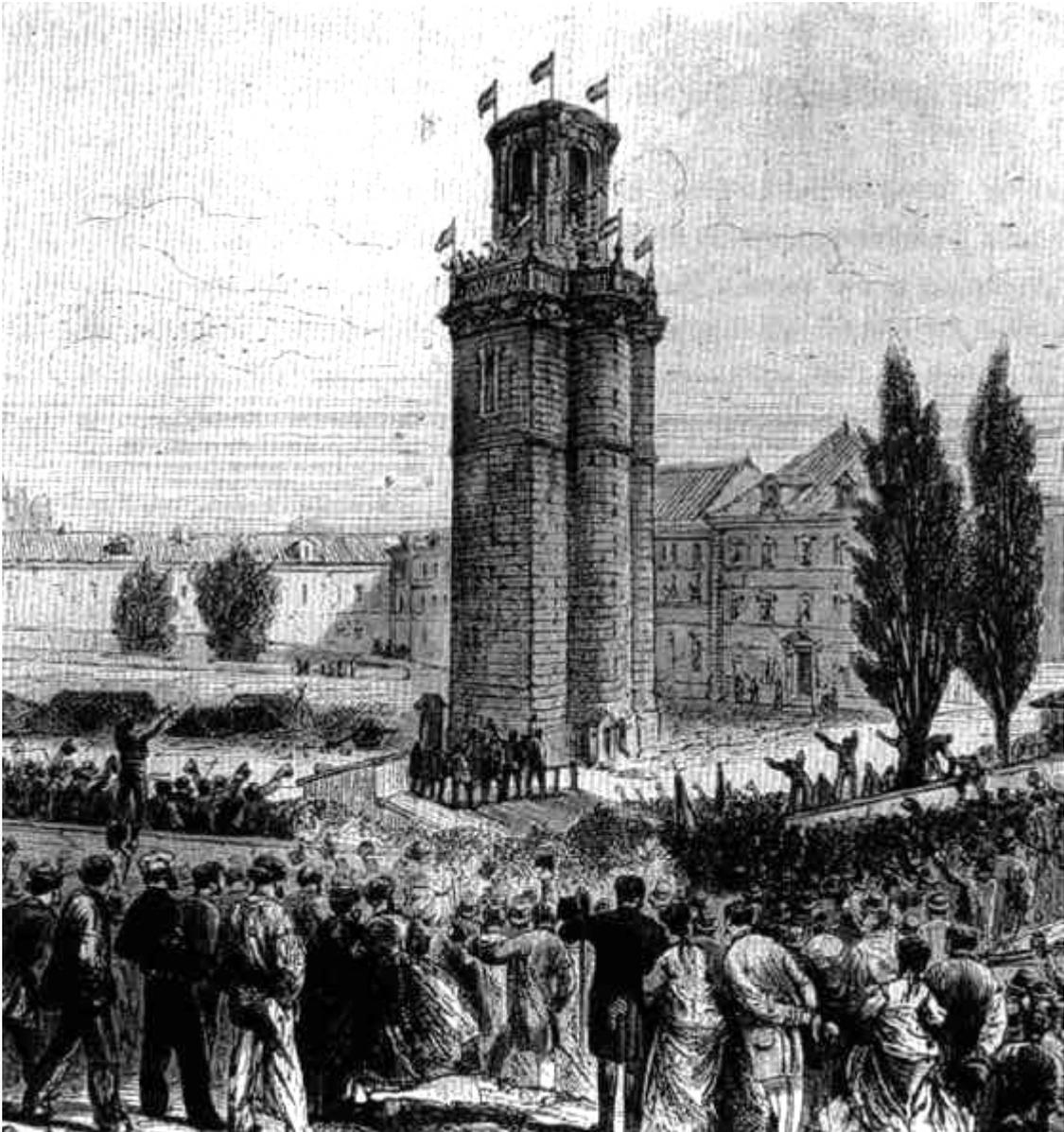


¡Abajo la torre de Sant Joan!



El grabado recoge el momento en el que se procede al comienzo del derribo de la Torre de Sant Joan, que se alzaba en el interior de la Ciutadella, el 26 de noviembre de 1868

LLUÍS PERMANYER - La Vanguardia 04/02/2006

La Ciutadella concitaba el odio ciudadano desde que fue puesta en pie, a renglón seguido de la ocupación de Barcelona en 1714; la torre de Sant Joan era la que atraía, con todo, el odio máximo. Estaba justificado, al ser el lugar en el que eran encerrados los presos políticos.

Su origen se remontaba a 1249, cuando formaba parte del convento gótico de Santa Clara allí enclavado; era de planta cilíndrica y en aquel entonces sólo contaba con dos plantas. El mencionado cenobio fue uno de los incontables edificios que fueron derribados para levantar la Ciutadella, pero la torre no sólo fue mantenida, sino que fue incrementada considerablemente su altura, con el propósito de que los barceloneses pudieran atisbarla y les sirviera de aviso temible. El mariscal Próspero Verboom le abrió alguna que otra ventana, al tiempo que la coronaba con una balaustrada y una cúpula al modo barroco.

Un rayo le causó daños de consideración en la noche del 11 de noviembre de 1743, lo que obligó a desmontar la parte alta para así restaurarla debidamente.

Allí fueron mantenidos presos los patriotas que en 1809 se levantaron contra las tropas invasoras de Napoleón; era la antesala de la pena de muerte, que solía tener lugar y con público en la vecina explanada.

Por todas estas razones la torre y la Ciutadella habían sido consideradas nuestra Bastilla; de ahí que cada vez que políticamente era propicio, se reivindicara su derribo: verbigracia en 1794 o 1835, al ser asaltada por el pueblo, y en 1840, cuando lo exigía nada menos que el Ayuntamiento.

El momento en el que la reivindicación se hizo más verosímil fue el 27 de noviembre de 1841, pues incluso el general Zavala había desguarnecido la Ciutadella, al llevarse intencionadamente las tropas. De ahí que los barceloneses acaudillados por el coronel de la Milicia Nacional Joan Antoni de Llinàs ocuparan la denostada fortificación, hicieran los parlamentos enardecedores y se diera el grito ritual que mandaba la tradición: al tiempo que se arremangaban, coreaban el lema de *Comencem!*

Una muestra del entusiasmo lo tenemos en el maestro de obras que tres días después se presentó bien dispuesto y con "17 obreros provistos de herramientas para trabajar a sus costas un día entero".

Pero se hizo en falso: el poder político de Madrid suspendió el tolerante proceso y ordenó la reconstrucción, no en balde Espartero prometía reedificar los muros con los huesos de los barceloneses.

El decreto de Prim, del 26 de noviembre de 1868, imponía el derribo. La torre de Sant Joan no fue, por supuesto, amnistiada, a diferencia del arsenal, la capilla y el palacio del gobernador.

Cuaderno barcelonés

LA RECUPERACIÓN DE LAS GLOSAS DE EUGENI D'ORS



LA VANGUARDIA - 04/02/2006

Algunos intelectuales madrileños coincidían en ponerme en los cuernos de la luna a D'Ors, pues en el provinciano Madrid de su adolescencia la lectura de aquellas glosas les conectaba con la gran cultura que se llevaba en Europa; y me insistían en que nunca le agradecerían bastante el exquisito manjar espiritual que les procuró el defenestrado. En Barcelona había escrito con igual aplicación universal, pero fuerza es reconocer que el paisaje indígena tenía más nivel. No hubo otra pluma que diera tanto juego y sin perder fuelle. Pero lo que más me asombra y cautiva del Pantarca no es tanto el paladar fino que exhibe ni una intuición mucho más afinada que la de Ortega en lo que a temas de arte se refiere, sino su capacidad para estar enterado de todo. ¿Cómo demonios se las ingenió para aquilatar cuanto de interés sucedía en los más recónditos y secretos rincones continentales? Nada que fuera cultura le era extraño y podría, a imitación del frontón de la academia, haber advertido que se abstuviera de leerle quien no fuera culto. Gracias a Quaderns Crema, que ha puesto ya en las librerías la continuación del *Glossari* (cinco volúmenes realzados con la impecable edición crítica de Josep Murgades y ahora de Xavier Pla), se echa de ver una apoteósica curiosidad panteísta y una sabiduría universal, que se desliza incluso a veces en un exhibicionismo de la matemática. En suma, una obra que

permanece fresca, moderna y combativa. Lamento que su reivindicación en pro de una biblioteca pública aún no haya sido atendida, pero me extraña que al escribirla en Munich no descubriera que aquel edificio proyectado por Von Gärtner había sido remedado por Elies Rogent en la orilla de la plaza Universitat. En suma, un fastuoso placer para los sentidos y una fuente inagotable de sorpresas, ya que no había quien fuera capaz de adivinar con qué *collonerie* - diría el cardenal Bembo- deleitaría al siguiente /